

LAS MEJORES HISTORIAS DE TERROR VI

KARL EDWARD WAGNER
STEPHEN KING, TANITH LEE,
RAMSEY CAMPBELL...

Super
TERROR



Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al Sarrantonio

Una extraordinaria selección de narraciones cargadas de vibraciones terroríficas.

STEPHEN KING, «el maestro de lo macabro», vuelve, con EL CAMIÓN DEL TÍO OTTO, a su morbosa obsesión por los vehículos dotados de malévolas vidas propias.

RAMSEY CAMPBELL, galardonado con los premios World y British Fantasy, nos dice en LA ESPERA que no hay que ceder a la tentación de formular deseos destructivos, porque a veces se cumplen.

TANITH LEE, igualmente premiada y reconocida mundialmente como «la reina de la fantasía», recrea tres versiones de la muerte en ELLA HACE TRES.

DAVID LANGFORD descubre por qué algunos relojes digitales ayudan a llegar puntualmente al propio entierro.

SUSAN CASPER nos ofrece un método infalible para ganar a una máquina de juegos electrónicos.

AL SARRANTONIO, SCOTT BRADFIELD, DAVID DRAKE, FRANCES GARFIELD, JOHN WYNNE-TYSON, ROGER JOHNSON, VICENT MCHARDY, L. C. CONNOLLY y J. BRANTINGHAM, completan esta extraordinaria antología.

Índice

Caprichos y temores

Se comenta que la popularidad de los relatos y películas de terror ha llegado ya a su cota más alta y que los editores están buscando un nuevo género para atraer el voluble interés de los lectores. Sin embargo, una aseveración más ajustada sería decir que el interés por los relatos modestos ya ha sido satisfecho y que los lectores desean narraciones más sofisticadas. El público ha empezado a perder el interés en las películas y las novelas de larvas gigantes deglutiendo una ciudad o de adolescentes poseídos, que pervertían a su vez a otros adolescentes. Los lectores se han visto afrentados por tanta basura servida como terror; ahora solicitan algo mejor.

Afortunadamente, la presente antología supone una respuesta apropiada para toda esta demanda continua de alta calidad en la narrativa de terror.

Ahora tiene en sus manos catorce relatos representativos de lo más selecto que ha dado la cosecha en el terreno del terror. Esta colección es el resultado de un año de trabajo, leyendo cientos de relatos publicados en libros y revistas de todo tipo en los Estados Unidos y en Europa, para poder seleccionar lo mejor entre lo mejor. Muchos de los autores cumbre en el terreno del terror están aquí representados, pero además se han incluido algunos trabajos excepcionales de autores noveles. La mayoría de estos relatos

Las historias de terror VI
de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al Sarrantonio

aparecieron por primera vez en grandes colecciones o en revistas especializadas y de gran tiraje; otros, en publicaciones desconocidas o en fanzines de serie limitada. También se hallan aquí representados todos los estilos de la narrativa de terror: tradicionales, *new wave*, históricos, contemporáneos, psicológicos, de ciencia ficción, de la tendencia dominante en la actualidad. Por encima de todo, el criterio selectivo estuvo basado en destacar la excelencia del relato.

Por otra parte, la presente antología ha sido elaborada pensando tanto en los lectores recién llegados al género como en sus más sofisticados conocedores; se trata de la colección más actual, acerca de lo mejor, para aquellos que esperan lo mejor.

De modo que acomódense y disfruten LAS MEJORES HISTORIAS DE TERROR VI. Catorce relatos cuidadosamente escogidos para proporcionarles las mejores pesadillas.

Y mientras los leen, yo estaré ocupado investigando entre los relatos de última hornada, a fin de poder presentarles la próxima antología. Será mejor que reserven algunos tranquilizantes para la próxima vez.

KARL EDWARD WAGNER

El camión del tío Otto

Stephen King

Stephen King es probablemente el escritor del género más conocido, gracias a un impresionante número de novelas de éxito: Carrie, Salem's Lot, The Shining (El resplandor), The Stand (La danza de la muerte), The Dead Zone (La zona muerta), Firestarter (Ojos de fuego), Cujo, Christine, Pet Sematary..., muchas de las cuales han sido llevadas al cine.

De todas formas, la suerte tardó en llegarle; King empezó a escribir a los doce años, y ya por aquel entonces intentaba vender sus relatos breves. En su época universitaria sus dos primeras ventas le proporcionaron un total de 65 dólares. Mientras trabajaba en una lavandería por 60 dólares a la semana — antes de su empleo como profesor en una escuela superior por 6.400 dólares al año—, King vendía relatos a revistas masculinas, sobre todo a Cavalier. Los cheques eran de poco valor y espaciados, pero como King recuerda: «Un cheque significaba la posibilidad de que mi esposa y yo pudiésemos comprar antibióticos para el oído enfermo de nuestra hija». Determinación —y talento— prevalecieron. Desde la publicación de Carrie en 1974 King puede mantener a su familia, y a sí mismo, con la escritura.

Nacido el 21 de septiembre de 1946 en Portland, Maine, King ha resistido todas las tentaciones de abandonar el estado que más ama, y en el que vive

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

habitualmente con su esposa Tabitha —también escritora— y con sus hijos, en una enorme casa de estilo Victoriano en Bangor. A los amantes de los relatos breves de King les alegrará saber que está reuniendo una colección con sus relatos de terror más recientes, y que se titulará Skeleton Crew. El camión del tío Otto refleja una reciente historia que aconteció a King en el condado de Maine. Y puntualiza asimismo el hecho de que King se está convirtiendo en un importante narrador regionalista.

Para mí representa un gran esfuerzo, y al mismo tiempo un desahogo, el poder transcribir todo esto.

Desde que encontré a mi tío Otto muerto no he podido dormir, e incluso ha habido días en que creí que me había vuelto loco. Y por otro lado, todo sería más agradable de no haber tenido este objeto aquí, en mi estudio, donde puedo observarlo, cogerlo o estrujarlo, si así lo deseo. No, no quiero hacerlo; no quiero tocarlo. Pero a veces uno actúa en contra de su deseo.

Si no lo hubiese sacado de aquella casita de una sola habitación al huir de allí, podría convencerme de que todo había sido una alucinación, el reflejo de un cerebro agotado y sobreexcitado. Pero está aquí. Interfiere la luz. Tiene peso. Puede ser sostenido en la mano.

Todo sucedió de verdad, ¿sabéis?

La mayoría de los que leéis estas memorias no os las creeréis, a no ser que os suceda algo parecido.

Todo cuento de intriga debe tener un origen ignoto, o un secreto. Éste tiene ambos. Permitidme, ante todo, que empiece relatándoos cómo mi tío Otto, que había sido distin-

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

guido con la insignia Castle County, llegó a pasar los últimos veinte años de su vida en una casita de una sola pieza, sin agua corriente, a las afueras de un pueblo pequeño.

Otto nació en el año 1905, y era el mayor de cinco hermanos. Mi padre era el más joven de los hijos de los Schenk, y había nacido en 1920; por eso mi tío Otto siempre me pareció muy viejo, especialmente porque yo era el más joven de los cuatro hijos de mis padres; nací en 1955.

Al igual que muchos otros industriales alemanes, mis abuelos llegaron a los Estados Unidos con algún dinero. A mi abuelo, que se estableció en Derry a causa de la industria maderera, de la cual entendía algo, le fue muy bien, y sus hijos nacieron en circunstancias favorables.

Mi abuelo murió en 1925. El tío Otto, que entonces tenía veinte años, fue el único heredero. Se mudó a Castle Rock y empezó a especular a lo grande. En los cinco años siguientes hizo una gran fortuna, negociando con las tierras y con la madera. Se compró una gran casa en Castle Hill, tenía criados, y gozaba de la envidiable situación de ser un joven relativamente atractivo (el calificativo de «relativamente» era a causa de sus gafas) y además el soltero más solicitado del pueblo. Se conservó soltero toda su vida.

La quiebra del mercado maderero en 1929 le afectó muy seriamente. Conservó la casa en Castle Hill hasta 1933, y luego la vendió; una gran extensión de terreno boscoso había salido a la venta y él quería comprarla a toda costa. El terreno pertenecía a la New England Paper Company.

La compañía New England Paper todavía existe en la actualidad, y si deseaseis adquirir acciones de esta empresa os diría: «¡Adelante!». Pero en 1933 la compañía ofrecía grandes extensiones de terreno a precios de liquidación por incendio, en un último intento para permanecer a flote.

¿Cuánto terreno quería mi tío? El acuerdo original, el hecho fabuloso, se ha perdido, y las cuentas difieren, pero en todos los documentos se habla de más de dieciséis millones de metros cuadrados, la mayoría de los cuales se ha-

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

llaban en Castle Road, pero en su totalidad se extendían desde Waterford hasta Sweden. Cuando el trato fue roto, la New England Paper ofrecía el terreno a seis dólares los mil metros cuadrados si —y aquí estaba el truco— el comprador lo adquiriría todo.

Eso suponía un total de casi cien mil dólares. El tío Otto no los tenía, y aceptó un socio, un yanqui llamado George McCutcheon. Hoy en día los apellidos Schenk y McCutcheon son bien conocidos en las ciudades de Nueva Inglaterra, y la compañía Schenk and McCutcheon extiende sus dominios desde Central Falls hasta Derry.

McCutcheon era un hombre fornido, con una gran barba negra, y como mi tío, también llevaba gafas. Su padre y mi abuelo habían sido grandes amigos; el tío Otto había conocido a McCutcheon como resultado de esa amistad. Y al igual que mi tío, su socio había heredado una gran fortuna. Debió de ser una respetable cantidad, puesto que él y el tío Otto pudieron realizar juntos la compra de los dieciséis millones de metros cuadrados, sin ningún problema. Su asociación duró veintidós años —hasta el año en que yo nací—, y durante ese período todo lo que el negocio les deparó fue prosperidad.

Sin embargo, todo empezó con la compra de los dieciséis millones de metros cuadrados, que se extendían a lo largo de tres municipios al oeste de Maine. Ambos se dedicaron a explorar esa inmensidad en el camión de McCutcheon. Cruzaban las pistas forestales y los senderos para los camiones madereros, avanzando en primera la mayor parte del tiempo, superando vaguadas y remontando obstáculos. Ambos se turnaban al volante. Dos hombres jóvenes se habían convertido en terratenientes, en las oscuras simas de la gran depresión.

No estoy seguro de dónde había conseguido McCutcheon su camión; tampoco importa demasiado. Era un Cresswell, una marca que ya no existe. Tema una espaciosa cabina pintada de un rojo chillón, anchos estribos y arran-

que eléctrico. Si fallaba el arranque eléctrico se podía utilizar la manivela, aunque era muy fácil romperse un hombro al intentarlo, si no se tenía mucho cuidado, pues la palanca solía retroceder bruscamente. La plataforma del vehículo tenía ocho metros de largo, y llevaba barras a ambos lados. Pero lo que recuerdo con mayor intensidad de aquel camión era su morro, que al igual que la cabina era rojo como la sangre. Para acceder al motor había que extraer dos paneles metálicos, uno a cada lado. El radiador era tan grande como el pecho de un hombre vigoroso. Ciertamente, se trataba de un objeto monstruoso y desagradable.

El camión de McCutcheon se estropeaba, y era reparado; se averiaba de nuevo, y volvía a ser reparado. Pero cuando el Cresswell se estropeó definitivamente, lo hizo de manera espectacular. Sucumbió como aquella maravillosa calesa tirada por un caballo del poema de Holmes, de golpe.

McCutcheon ascendía, junto con el tío Otto, la carretera del Black Henry un día del año 1953. Según admitió después mi tío, ambos estaban «absolutamente borrachos». El tío Otto, que en aquel momento iba al volante, se dirigió hacia las colinas Trinity. Ebrio como estaba, se olvidó de reducir la velocidad al descender por el lado abrupto de la ladera. El viejo motor del Cresswell se sobrecalentó. Ni el tío Otto ni McCutcheon vieron la aguja roja superar la zona amarilla a la derecha del marcador. En la base de la colina hubo una explosión tal que elevó los rojizos flancos del motor cual alas de dragón. El tapón del radiador voló en el cielo estival. El vapor se elevaba en un potente chorro. El aceite bullía empapando las juntas. Mi tío pisó el pedal del freno, pero el Cresswell había desarrollado en el último año la mala costumbre de ir perdiendo líquido de frenos, y el pedal se hundió hasta el suelo. No podía ver por dónde iban, y se salió de la carretera. Al principio cayeron en una zanja, y después fuera de ella. De haber estallado el Cresswell, todo habría estado bien. Pero el motor siguió en

marcha; primero explotó un pistón, y luego dos más, igual que petardos el día de san Juan. Uno de ellos, según comentaba el tío Otto, perforó la puerta de su lado, que se había abierto, dejando un agujero por el que fácilmente podía pasar un puño. Acabaron en un campo de heno. De no haber estado el parabrisas completamente cubierto de aceite, habrían disfrutado de una espléndida vista de las White Mountains. Así acabó el Cresswell; nunca más salió de aquel campo, por supuesto propiedad del tío Otto y de George McCutcheon. Los dos hombres, considerablemente sobrios tras la experiencia, salieron para examinar los desperfectos. Ninguno de ellos era mecánico, pero no había necesidad de serlo para comprobar que la herida era mortal. El tío Otto estaba consternado —o así se lo dijo a mi padre—, y se ofreció a pagar el camión. George McCutcheon le contestó que no dijese tonterías. De hecho, McCutcheon estaba en éxtasis. Había echado una mirada en torno, al campo y a las montañas, y había decidido que aquél era el lugar apropiado para construir su casa cuando se retirase. Así se lo contó al tío Otto, en un tono normalmente reservado para las conversaciones religiosas. Regresaron juntos a la carretera y de allí a Castle Rock en el camión de la panadería Cushman, que pasó por allí casualmente.

McCutcheon le dijo a mi padre que había sido la voluntad de Dios; había estado buscando un lugar apropiado donde asentarse definitivamente, y allí había estado todo el tiempo, en la pradera que cruzaban tres o cuatro veces por semana, sin echarle siquiera una ojeada. La voluntad divina, repitió, ignorando que él mismo iba a morir en ese campo dos años más tarde, chafado bajo el morro de su propio camión, que pasó a ser del tío Otto cuando George murió.

McCutcheon pidió a Billy Dodd que le ayudara con su camión grúa para mover el Cresswell y ponerlo de cara a la carretera. Así podría verlo, decía, cada vez que pasase por allí. Y cuando fuese definitivamente retirado, haría que el

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

constructor excavase en el lugar que había ocupado el camión la bodega de su futura casa. McCutcheon era algo sentimental, pero no era un hombre que dejase que los sentimientos se interpusieran en el camino del dinero. Cuando un especulador llamado Baker vino un año más tarde y le ofreció la compra de las llantas y los neumáticos del Cresswell, aduciendo que teman la medida correcta para reparar su vehículo, McCutcheon tomó sus 20 dólares como un rayo. Y eso que, según recuerdo, tenía por aquellos tiempos una fortuna cercana al millón de dólares. También le pidió a Baker que antes de llevarse las ruedas construyera una plataforma elevada para el Cresswell. Decía que no le agradaba la idea de pasar por allí y ver el camión en el suelo, hundido y rodeado de heno, cual una ruina cualquiera. Baker así lo hizo.

Un año más tarde, el Cresswell se liberó de sus soportes y cayó, aplastando a McCutcheon. Los viejos narradores cuentan la historia con cierto retintín. Siempre la concluyen añadiendo que confían en que George McCutcheon disfrutase los 20 dólares que recibió por aquellas ruedas.

Yo crecí en Castle Rock. Cuando nací, mi padre trabajaba para Schenk and McCutcheon. El camión que había sido de George McCutcheon y acabó siendo de mi tío Otto (al igual que el resto de sus pertenencias) suponía un hito en mi vida. Mi madre era cliente de Warris, en Bridgton, y la carretera de Black Henry era el camino para ir allí. Por lo tanto, cada vez que íbamos, allí estaba el camión, con las White Mountains al fondo. Ya no se elevaba sobre una plataforma —el tío Otto había dicho que con un accidente había suficiente—, pero el simple recuerdo de lo acontecido bastaba para que un chico como yo, de pantalones cortos, sintiese un escalofrío.

El camión permanecía siempre allí. En verano; en otoño, cuando los robles y los olmos llameaban en los límites de los sembrados cual antorchas; en invierno, cuando ráfagas de viento helado soplaban por la carretera y nubes de pol-

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

vo lo envolvían, y con sus faros como ojos saltones parecía un mastodonte forcejeando en arenas movedizas; y en primavera, cuando los campos se empapaban con las lluvias de marzo, y yo me preguntaba cómo no se hundía en el lodazal. De no haber sido por la sólida base de roca que lo sustentaba, seguramente habría desaparecido. Sin embargo, a lo largo de todas las estaciones del año, allí permanecía.

Una vez, incluso llegué a subirme a él. Un día, mi padre se paró en el arcén, cuando íbamos a la feria de Fryeburg, me tomó de la mano y me dejó en el campo junto al camión, sin saber el mucho miedo que yo le tema. Yo había leído las historias que contaban de cómo se había deslizado hacia delante cual una silenciosa y peligrosa bestia y había aplastado al socio de mi tío. Había oído esos cuentos sentado allí, en la barbería, callado como un ratón detrás de un ejemplar de *Life*; había oído a los hombres narrar cómo había sido aplastado, y decir que confiaban en que el viejo George hubiese disfrutado de aquellos 20 dólares que recibió por las ruedas. Uno de ellos —debió de ser Billy Dodd, el viejo loco padre de Frank— dijo que McCutcheon había quedado «como una calabaza chafada por una rueda de tractor». Esta imagen frecuentó mis sueños durante meses. Pero mi padre, por supuesto, no tenía ni idea de ello. Él pensaba que me gustaría entrar en la cabina de aquel viejo camión; había notado la manera en que yo lo observaba cada vez que pasábamos por el lugar, y confundió, supongo, mi temor con una admiración que yo estaba lejos de sentir.

Recuerdo los dorados tallos del heno, su brillo pajizo al ser mecidos por las brisas del mes de octubre. Recuerdo el sabor grisáceo del aire, un poco amargo, algo áspero; y el tono plateado de la yerba muerta. Recuerdo el *suisst suisst* de nuestros pasos. Pero lo que más recuerdo es su silueta creciendo y creciendo, el radiador rugiendo feroz al mostrar los dientes, el color rojo sangre de la pintura, la turbia mira-

da del parabrisas. También recuerdo aquel pánico hasta entonces desconocido por mí, bañándome como una ola todavía más fría y gris que el mismo aire, cuando mi padre, tomándome por las axilas, me introdujo en la cabina, diciendo: «¡Condúcelo hasta Portland, Quentin! ¡Llévatelo!». Recuerdo el aire golpeándome en la cara mientras subía cada vez más arriba; y entonces, el nítido sabor fue reemplazado por el olor del aceite quemado, del cuero viejo y —lo juro— de la sangre. Recuerdo que trataba de no llorar mientras mi padre permanecía allí, observándome, con una amplia sonrisa cubriéndole el rostro, convencido de que me estaba proporcionando un infierno de emoción (y así era, mas no como él pensaba). Tuve la certeza de que si mi padre se alejaba, o simplemente me daba la espalda, aquel camión me tragaría. ¡Me comería vivo! Y sólo quedaría de mí una masa masticada y despedazada..., algo así como una calabaza chafada por una rueda de tractor.

Empecé a llorar, y mi padre, que era el mejor de los hombres, me bajó, me calmó, y me llevó de regreso al coche. Me encaramó sobre sus hombros, y desde allí observé al disminuido camión, rojo como la sangre, quieto, en el campo; la enorme silueta del radiador; el oscuro agujero redondo donde el cigüeñal parecía observarlo todo como un horripilante cuenco hueco, y quise decirle a mi padre que había olido a sangre, que ésa era la razón de que hubiese llorado. No encontré la manera de hacerlo. Supongo que, de todas formas, él no me hubiese creído.

Como un niño de cinco años que todavía creía en Santa Claus, también creí que la sensación de pánico que me había poseído cuando mi padre me introdujo en la cabina del camión provenía del vehículo. Me llevó veinte años darme cuenta de que el Cresswell no fue quien asesinó a George McCutcheon; mi tío Otto lo hizo.

El Cresswell fue un hito en mi vida, pero no sólo en la mía. Estaba en la mente de todo el mundo. Si explicabas a alguien cómo ir desde Bridgton hasta Castle Rock, añadías que sabrían que iban por el camino apropiado si veían un enorme y viejo camión rojo fuera de la carretera, en un campo de heno, a la izquierda, a unos cuatro kilómetros más o menos después de dejar la nacional 302. Muy a menudo, se veían turistas aparcados en los blandos arceles (a veces, sus vehículos quedaban atrapados; era una buena ocasión para reírse), tomando fotografías de las White Mountains, con el camión del tío Otto en primer plano, como un detalle pintoresco. Durante mucho tiempo mi padre llamó al lugar «La Colina del Camión Turístico», pero luego dejó de hacerlo. Para entonces, la obsesión del tío Otto por el lugar se había convertido en algo demasiado importante como para ser divertido.

¿Qué le había sucedido al tío Otto?

Hay muchas maneras de responder a esa pregunta. Todas ellas son razonables; ninguna probable. Lo mejor será, pienso, que lo cuente todo: lo que sospecho y lo que intuía.

Que él mató a McCutcheon es algo de lo cual estoy absolutamente seguro. «Lo aplastó como a una calabaza», habían dicho los enterados de la barbería. Uno de ellos había añadido: «Apuesto a que estaba allí, a los pies del camión, rezando, como uno de esos moros gordinflones que adoran a Alá. Me lo imagino muy bien. Estaban majaras, los dos. Fijaros cómo ha acabado Otto Schenk, si no me creéis. Al otro lado de la carretera, en aquella cabaña que él creía que la ciudad iba a usar como escuela, tan loco como una rata chiflada».

Sus comentarios fueron unánimemente aceptados con cabeceos afirmativos y miradas de reojo, pero ni uno de los

Las historias de Stephen King & David Langford & Jon Wynne-Tyson & David mejores Drake & Roger Johnson & Vincent McHardy & Lawrence C. Connolly & Juleen Brantingham & Frances Garfield & Ramsey de Campbell & Tanith Lee & Susan Casper & Scott Bradfield & Al terror VI Sarrantonio

enterados de la barbería consideró que esa imagen —McCutcheon arrodillado «como uno de esos moros gordinflones» a los pies del camión que se elevaba sobre unos soportes podridos— era tan sospechosa como excéntrica.

Los chismorreos son siempre objetos candentes en una población pequeña; cualquiera puede ser acusado de ladrón, adúltero, cazador furtivo, o timador, con la más débil de las evidencias y las más salvajes deducciones. Creo que lo que salva a este comportamiento de ser algo asqueroso es que los comentarios en las barberías y los cuchicheos en los comercios suelen ser obviamente ingenuos. Es como si la gente deseara creer en hechos sin importancia o faltos de entidad —los llegan a inventar si no existen— para que la conciencia del mal quede más allá de sus vidas, aunque ésta flote delante de ellos, bajo sus propias narices, como una maligna y mágica alfombra sacada de uno de los bellos cuentos de esos moros gordinflones.

¿Cómo sé que él lo hizo? ¿Porque estaba con McCutcheon aquel día? No, lo sé por el camión, por el Cresswell. Cuando su obsesión empezó a superarlo, el tío Otto se fue a vivir allí cerca, en aquella casita, aunque en los últimos años de su vida estuviese mortalmente asustado por la creencia de que el camión cruzaría un día la carretera.

Supongo que el tío Otto se llevó a McCutcheon al campo donde el Cresswell estaba encaramado sobre sus soportes, con la excusa de hablar sobre los planes para la nueva casa. McCutcheon siempre estaba dispuesto a hablar de la casa y de su próximo retiro. Una compañía muy importante —no menciono su nombre, pues de hacerlo la podríais reconocer— había hecho a los socios la oferta del siglo, y McCutcheon estaba muy interesado en aceptarla. Pero el tío Otto no tenía el más mínimo interés. Se sabía que habían estado discutiendo continuamente acerca de ello desde la primavera. Y pienso que este desacuerdo fue la motivación primordial que impulsó al tío Otto a deshacerse de su socio.